LUIS DUNO GOTTBORG. *Solventando las diferencias: La ideología del mestizaje en Cuba*. Madrid y Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, 2003.

Este libro de Luis Duno Gottberg es una lectura revisionista del discurso del mestizaje en Cuba, desde los comienzos de la narrativa literaria en la primera mitad del siglo XIX hasta el neobarroco de Lezama Lima y el posmodernismo de Severo Sarduy. Es a la vez una historiografía erudita de las permutaciones del discurso del mestizaje en Cuba y un análisis de su función opresiva.

El autor sitúa sus argumentos dentro de la crítica literaria e historiográfica recientes y da amplio espacio a la evaluación de los argumentos en pro y en contra de posiciones controvertidas. No hay retórica moralista aquí ni narcisismo teórico. Indudablemente, será una excelente introducción al tema para los que no tienen familiaridad con la historia y literatura cubana. Pero también es un desafío para los que creemos que conocemos el canon cubano. Nos desafía a salir de la complacencia de tomar por resuelto el problema de la “raza”, y a enfrentar el hecho de que todavía no sabemos lo que sería una sociedad que practicara una verdadera democracia racial.

Solventando las diferencias consiste de una introducción de índole metodológica histórica, seguida por tres partes que corresponden a épocas diferentes de la historia cubana. La primera parte, dedicada al siglo XIX, empieza con un análisis de la noción del mestizaje en relación con los discursos sobre la esclavitud tal como se dieron en el círculo de Domingo del Monte en la primera mitad del siglo XIX, incluye una reconstrucción del proceso de canonización decimonónica de una obra barroca como primer texto sobre el mestizaje en Cuba, y termina con un estudio de la ensayística de José Martí. La segunda parte cubre los años 1910 a 1940, es decir, los años de la fundación de la República Cubana y se centra en la producción intelectual del antropólogo Fernando Ortiz, de Nicolás Guillén y Emilio Ballagas como poetas representantes del llamado negrismo, y de los intelectuales y críticos Juan Marinello y Jorge Mañach. La última parte trata del movimiento del neobarroco literario, con capítulos dedicados a Alejo Carpentier, José Lezama Lima y Severo Sarduy. El texto viene acompañado de ilustraciones, en su mayoría reproducciones de obras de pintores de vanguardia como Wilfredo Lam y Amelia Peláez. Incluyen obras poco conocidas de colecciones privadas que lamentablemente están algo perdidas, pues no hay lista de ilustraciones, ni índice de materias o nombres onomásticos.

El argumento principal de *Solventando las diferencias* es que el discurso del mestizaje, tal como se ha articulado desde *Sab* hasta *Calibán*, es “una práctica del poder que construye cierta idea de la identidad nacional a partir de la disolución de las diferencias étnicas” (25). La construcción de una identidad nacional homogénea es expresión de un “deseo albergado en los espacios hegemónicos que aspiran a producir uniformidad en el seno de la nación” (25). Su finalidad en Cuba era, y tal vez siga siendo, “la incorporación del negro al proyecto nacional como sujeto social no conflictivo” (26) y la neutralización o invalidación de reivindicaciones particularistas de la población de color. Representa la “violencia sutil de la asimilación” (24). Aunque a veces el discurso del mestizaje funcione como ideología en el sentido clásico, es decir, como distorsión de la realidad de la opresión racial al servicio de la clase dominante blanca, parece que el modo principal de operación

es otro: el término clave aquí no es “representación” sino “interpelación”. Como alternativa a la noción de un sujeto homogéneo (cubano o latinoamericano) altamente ideologizado, Duno parece subscribir a la idea de una heterogeneidad radical: la especificidad cultural no yace en la síntesis de culturas, sino en la co-existencia de lo dispar y conflictivo (216).

Solventando las diferencias no pretende dar una teoría general de la transculturación latinoamericana. Aunque Duno alude a ciertos paralelismos entre Cuba y otros países hispanoamericanos, es un análisis del discurso del mestizaje en determinadas coyunturas políticas en Cuba. La ideología del mestizaje es inseparable de los discursos sobre “lo cubano”, es decir, los discursos nacionalistas. Sin embargo, este compromiso con la historización abre el paso a una especie de reflexividad implícita y los términos claves que hereda de la crítica literaria hispano-americana –la “ciudad letrada” de Ángel Rama, la “transculturación” de Fernando Ortiz, el “barroco” y el “neo-barroco”– empiezan a revelar su complicidad con los discursos raciales.

Uno de los méritos del libro de Duno es el análisis sutil de cómo el discurso del mestizaje trasciende las divisiones políticas tradicionales y acomoda la gama entera de posiciones ideológicas, del elitismo al populismo, y del conservadurismo al liberalismo y marxismo. Duno nos muestra en qué medida el imaginario del mestizaje se articula en todas las prácticas y esferas de conocimiento de la cultura elite, desde la pintura, la poesía y la literatura de ficción hasta la historia, la antropología y la crítica cultural. Analiza en detalle las diferencias ideológicas entre Alejo Carpentier y Lezama Lima, o entre Emilio Ballagas y Nicolás Guillén, pero concluye que últimamente todos coinciden en la importancia y el valor que dan a la superación de la heterogeneidad étnica del país y la desvaloración concomitante de la herencia africana en Cuba. Donde otros críticos han visto ruptura y pensamiento subversivo, Duno enfatiza la continuidad: Gómez de Avellaneda es representante de las contradicciones del abolicionismo reformista cubano, un texto barroco llamado *Espejo de la paciencia* anticipa la ideología del siglo XIX y José Martí, quien declaró la no existencia de razas, participa en una producción ideológica asimilista.

La provocación es considerable. ¿Es lo mismo el “blanqueamiento” al que aspiraban Del Monte, Saco y otros letrados cubanos de la época, y la celebración del mulato Sab como fuerza de bien y representante de lo cubano en la novela de Gómez de Avellaneda? Parece que la respuesta de Duno sería que sí: que el blanqueamiento delmontino y la idealización del mestizaje en *Sab* no son sino las dos caras del mismo fenómeno, una aparentemente benévola, otra abiertamente racista. Los dos aspiran a la disolución del elemento africano en la cultura cubana.

Las cosas se complican aún más cuando llegamos al caso de José Martí. Claro está, Duno no propone que Martí sea representante del racismo esclavista decimonónico. Así mismo, las diferencias entre el pensamiento antirracista de Martí y los discursos positivistas, naturalistas y socio-biológicos de la época quedan bien claras. Concuere con otros críticos que en la ensayística de Martí hay dos corrientes, una pragmática, la otra humanística. Pero a diferencia de otros, enfatiza el aspecto pragmático: la celebración de “la identidad mestiza y la negación del concepto de raza” que encontramos en Martí “responden de manera estratégica –y no por ello menos auténtica y comprometida– al

reordenamiento de la sociedad cubana en función del proyecto independentista” (58-59). Martí sabía muy bien que la independencia iba a ser un sueño imposible si Cuba no podía resolver las tensiones raciales existentes. “Es indudable que nos encontramos ante un discurso de carácter conciliador, cuya finalidad política es marcadamente pragmática y populista; en el sentido de perseguir la creación de un frente común, multclasista y multiétnico” (63).

Topamos aquí con uno de los conceptos claves y más interesantes en la propuesta de Duno: el etnopopulismo. Sin duda, algunos lectores rechazarán la designación de “populista” para el discurso fundacional del mestizaje en Cuba, y para Martí más específicamente. Y es cierto que el término “populismo” no suele solucionar los problemas de análisis político. A diferencia de otras escuelas del pensamiento político como “socialismo”, “capitalismo” o “teoría democrática”, el “populismo” no dispone de textos canónicos, antecedentes prestigiosos o narrativas clásicas, y se resiste a ser clasificado de ideología de derecha o izquierda. Más práctica que teoría, oscila entre el paternalismo y el radicalismo popular, entre la pacificación de los sectores populares por el soborno y el engaño y la agitación revolucionaria a través de la reivindicación de igualdad social y política. Será por esto que rara vez se usa el término en un sentido positivo, y pocos políticos o pensadores se han auto-denominado populistas.

En mi estimación, sin embargo, la apropiación del término para un análisis de la ideología del mestizaje es una idea brillante. Permite pensar el discurso del mestizaje a través de sus contradicciones: por un lado pretende someter la población mestiza y negra al poder estatal, por el otro se ofrece a la apropiación radical e igualitaria en contra de los sectores hegemónicos. En este sentido, da cabida al carácter amorfo, ambiguo y maleable de los discursos del mestizaje sin disolver la unidad subyacente. Pero también responde a un problema que es raras veces reconocido. Históricamente hablando, ha sido tardía y parcial la integración de la cuestión de la identidad racial y de reivindicaciones basadas en ella en la teoría política moderna y universalista. Piensen en el silencio alrededor de las demandas que se articularon en la Revolución haitiana y la fundación del primer estado negro en el hemisferio en 1804. La teoría política y la historiografía han sido incapaces de entender la lucha contra la esclavitud y por la libertad e igualdad racial como parte de las luchas políticas de la modernidad. No es sorprendente, entonces, que la forma en la que la cuestión de la igualdad de razas aparece en el imaginario de la elite fuera dentro de un discurso que se escapa de los esquemas tradicionales de la teoría política, es decir, en la forma de un populismo.

Es una pena que Duno no haya dedicado más espacio al desarrollo de la noción de un etnopopulismo dado su considerable peso polémico y, creo yo, valor analítico. Aparece de vez en cuando en el argumento, pero no se discute de manera sostenida. Hay preguntas que siguen dando vueltas en mi cabeza: ¿hasta dónde llega la analogía entre el populismo convencional y el etnopopulismo? Me parece que el papel de la élite debe ser diferente en los dos casos porque las divisiones de clase y las divisiones raciales convergen, pero no coinciden por completo. ¿Explica esto la posibilidad de un populismo elitista (frase mía), es decir, un populismo que nace en el seno de la ciudad letrada? Otra pregunta que se me plantea tiene que ver con la extensión del concepto. Duno habla del “sesgo etnopopulista

de la ideología del mestizaje” (17) como si fuera una característica de todos los discursos respectivos, pero al mismo tiempo nos ofrece un retrato de un Jorge Mañach tan elitista que resulta difícil reconciliarlo con la corriente populista. Nos dice que el discurso del mestizaje tiene una “doble articulación como mecanismo de reivindicaciones y, a su vez, de exclusión” (21). ¿Gómez de Avellaneda vs. Del Monte? ¿Martí vs. Lezama Lima? No, no puede ser esto, pues a pesar de toda su aparente benevolencia la Avellaneda es representante del reformismo racista cubano para Duno. Y en Martí también encontramos ciertos rasgos del asimilacionismo que Duno rechaza como opresivo. ¿Será que la articulación como “mecanismo de reivindicación” popular tiene lugar fuera de las instituciones del poder letrado –por ejemplo en las instituciones políticas afrocubanas como el Partido Independiente de Color de principios del siglo xx–, y por lo tanto fuera de los límites del estudio de Duno? Pero si es así, una de las características más centrales del etnopopulismo se escapa del análisis literario por completo y no se puede probar o ilustrar con los métodos de este libro. ¿No habrá ejemplos en la cultura popular? Espero que el autor vuelva a estos temas en algún momento y siga desarrollando sus planteamientos.

A partir del análisis de la primera parte, Duno ofrece una interpretación de la producción ideológica republicana. Como el subtítulo “A nuevos tiempos, viejos mitos” ya indica, Duno entiende la articulación del discurso del mestizaje por Fernando Ortiz, Emilio Ballagas, Nicolás Guillén, Juan Marinello y Jorge Mañach dentro de los parámetros establecidos en el siglo xix y, muy especialmente, por José Martí. Basándose en la historiografía más reciente (y cabe señalar que el manejo de la historiografía es excelente en este libro), Duno enfatiza el carácter conflictivo de la época que incluye la matanza del Partido Independiente de Color en 1912. Como en el siglo xix, el imaginario mestizo no es expresión de una síntesis alcanzada sino un intento por aliviar y velar tensiones sociales y raciales. Pero, al mismo tiempo, hace disponible un discurso igualitario que es apropiado por los sectores populares. Lo que observamos aquí es otra vez la ambigüedad de lo que Duno llama etnopopulismo: expresión literaria del paternalismo que representa sin dar voz en algunos (“cantos negros sin color” [93]), anti-segregacionismo nacionalista en otros, y a veces las dos cosas en el mismo texto.

Solventando las diferencias termina con un estudio del concepto de (neo)barroco en la narrativa cubana. Basándose principalmente en la producción ensayística de Carpentier, Lezama Lima y Sarduy, Duno sostiene que el concepto del barroco es a la vez una re-articulación del concepto de la “transculturación” tal como lo definió Fernando Ortiz (y por lo tanto está conectado con el imaginario mestizo que surgió en el siglo xix) y una respuesta a la crisis del proyecto liberal después del fracaso de la Revolución de 1933. Hablando de Carpentier, Duno afirma que “[a]nte las necesidades de la nación –o de la Revolución–, las exigencias y particularismos de tipo étnico se posponen” (197). Su lectura del barroco de Lezama Lima es algo menos sangüínea. Elaborando la metáfora alimenticia para el mestizaje (“ajiaco”, “sazón”, “cóctel”, “guiso”) que forman un tema menor y contrapunto humorístico en su libro, Duno dice que “el banquete cultural lezamiano guarda cuidadosamente las proporciones que garantizan una sazón de cubanía universal, al cuidado del señor barroco, señor de la ciudad letrada” (212). Con Lezama Lima estamos en tiempos post/coloniales. Es Sarduy quien nos ofrece una salida y con su

“negación de la ideología del mestizaje” (213) Duno concluye su argumento. En vez de deseo de síntesis y asimilación encontramos en Sarduy un *collage* postmoderno de lo dispar y conflictivo. Si el discurso del mestizaje aparece en Sarduy es como ideología rechazada, no como poder generativo que dé forma a la narrativa. Duno aplaude: “Los tropos de la cubanidad han pasado de solventar las diferencias, de diluirlas en la totalidad de la nación mestiza, a la celebración de la diferencia de un sujeto descentrado. El diálogo con el mestizaje acompaña aun en el cuestionamiento y negación más radical. La heterogeneidad de lo cubano es sin duda la realidad fundamental que permanece” (223).

Tengo que admitir que el final aparentemente feliz con Sarduy no me convence. Dado el carácter estético y formal de la resolución (subrayado por la ausencia de cualquier contextualización histórica e ideológica por parte de Duno), cabe preguntar si la escritura de Sarduy ofrece una alternativa real al imaginario mestizo. El rechazo de la homogeneización nacional de por sí no nos ofrece ninguna base para la reivindicación de derechos colectivos subalternos. Si el problema de la nación multiétnica se pudiera superar *políticamente* con el mero paso a una visión posmoderna o posestructuralista del sujeto humano y a una afirmación de la heterogeneidad, tal vez no necesitaríamos un análisis del imaginario del mestizaje tan cuidadoso y sutil como el de Duno. No comparto el optimismo del autor, y tal vez sea por eso que considero *Solventando las diferencias* un libro muy importante que constituye una contribución duradera para entender los discursos raciales y su relación conflictiva con las demandas de los estados nacionales.

New York University

SIBYLLE FISCHER